

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

PALMA ALTA, 32 DUPLICADO

PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN

EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

Toda la correspondencia, así política como administrativa, á nombre de

D. Miguel Sawa.

15 CENTIMOS NÚMERO

Idem atrasado, 30.

A CORRESPONSALES Y VENEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.



Á UN ENTIERRO AL USO

¿A qué ese lujo aparatoso y huero,
arnés deslumbrador, carro dorado?
¿á qué tanto bridón empenachado
para llevar un cuerpo al pudridero?

¿Qué dice al alma y al dolor sincero
ese fausto alquilón con que el menguado
lucro á la ciega vanidad ligado
profanan de la muerte el luto austero?

Un sencillo ataúd, y á la cabeza
la cruz santa, blasón de eterna vida,
al pobre como al rico dada en suerte;

he aquí el séquito propio y la riqueza
que conviene á la eterna despedida;
la cruz es el gran lujo de la muerte.



ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN MADRID...	Un mes..... 1 pesetas.
	» trimestre..... 2,50
	» año..... 10

FUNDADOR
EDUARDO SOJO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN PROVINCIAS...	Un trimestre..... 3 pesetas.
	» semestre..... 6
	» año..... 12
EXTRANJERO...	» año..... 15

Almanaque de DON QUIJOTE PARA 1900

Dentro de pocos días se pondrá á la venta. Publica artículos y poesías de los notables escritores Rubén Darío, Al mendros, Palacio (Manuel del), Barrantes, Medina (Vicente), Rueda, Ayala, Ferrán, Balart, Campoamor, Dicenta, Palome-ro, Iglesias, Gómez Carrillo, Zahonero, Cástulo Mendes, Par-do Bazán, Silverio Lanza, Martínez Sierra, Sawa (Miguel), etc., etc.

De la parte artística se han encargado los notables di-bujantes Rojas, Leal de Cámara, Solár de Alba, Poveda y otros.

Precio: 50 céntimos.

Para los corresponsales y suscriptores de DON QUIJOTE: 40 céntimos.

SIMBÓLICO

¡Oh, cruel decepción! ¡Oh, amargo desengaño! ¡No ha-bía tal caballería de marina! De las explicaciones, aun-que algo confusas, de Gómez Imaz, se desprende la realidad triste. ¡Ah, verdad, verdad, cuán fea eres, y qué mal gusto tuvo Silvela cuando se desposó contigo!

Bajo el encanto de la dulce ilusión, yo me decía: «No son políticos, no son hacendistas, no son estadistas es-tos hombres; son poetas, son geniales soñadores, son almas desterradas del ideal, que se ahogan en las es-trecheces de la realidad misera. Tienen algo de la ima-ginación alcohólica de Pol y de la fantástica de Hoff-man.» Ni el autor de *El escarabajo de oro*, ni el de las *Aventuras de Klein Zach*, han concebido jamás nada tan extraordinario, tan sorprendente, tan milagroso, tan fantasmagórico, como lo que se encierra en esta expresi-ón paradógica: la caballería de marina.

¡Caballería de marina! ¿En qué mente no se des-pierta la imagen de los generosos corceles, suelta la brida, espumante el vello, galopando sobre la líquida extensión, trotando ola arriba, ola abajo, hasta alcan-zar y dar caza á los bajelos enemigos? ¿Quién no se figura á los lanceros atacando un droyer, ó á los co-raceros cargando sobre un acorazado? Imaginaciones despampanantes que dejan muy atrás á la invención de las sirenas, la de *El buque fantasma* y aun lo de Nep-tuno y su carro.

Acaso, seguía yo diciéndome, acaso esto que parece á primera vista extravagante, sueño sea de parte de nuestros siempre previsores gobernantes un exceso de previsión. Una vez al menos en la Historia ganó la ca-ballería una batalla marítima. En la campaña de ocu-pación y conquista de la Holanda por la República francesa en 1795 los jinetes de Pichegru se apoderaron de la flota holandesa, anclada en las costas del mar del Norte, que un frío de 20 grados bajo cero había con-vertido en vasta llanura de hielo. Por desgracia no pudo repetirse el hecho durante nuestra guerra con los Estados Unidos. Ni Sampson tuvo la condescendencia de llevar sus naves al círculo Polar, ni las aguas de Santiago tuvieron la oportunidad de congelarse. Por eso no pudo sin duda Cervera desplegar en aquel triste día dos escuadrones de que había dotado á sus buques un gobierno demasiado visor.

Gobernantes tan imaginativos son los que correspon-den á esta nación de fantasía. Galopar sobre las ondas no es más difícil que cabalgar por los aires, y sabido es que así ganó Santiago para los cristianos la batalla de

Clavijo. Hay en el mismo presupuesto de Villaverde un capítulo que lo acredita. Bien es verdad que la crítica niega, no sólo el milagro, sino aun la batalla, cómo niega que en Covadonga las flechas de los moros se volbiesen contra los moros, como niega que se diese nunca aquella otra batalla de Catalañazor, en la cual, según los cronistas que la inventaron tres siglos des-pués, Almanzor el-victorioso perdió el fruto de cincuen-ta y siete victorias. ¿Qué no negará la crítica? Capaz es de negar la prudencia de Felipe II y la grandeza de Felipe IV. Por dicha, la inventiva popular sigue labran-do la trama de oro del ensueño. La obra de la leyenda se continúa á nuestra vista. Y así, destejendo la razón lo que teje la fantasía, la historia nacional es otra tela de Penélope.

Esta supuesta caballería de marina durará para siempre en la memoria de las gentes como un emble-ma, como un símbolo de la mentira financiera. Nadie ignora que los presupuestos son una gran ficción. Son el poema, el manto de los hacendistas. Son el desahogo del Byron que duerme en el fondo del alma de todo Villaverde. Ingresos hinchados, hipertrofiados, hiper-bólicos, que luego la realidad va mermando, amino-rando, extenuando hasta dejarlos reducidos á la más mínima expresión. Gastos empuñados, encogidos, achicados, que luego en la liquidación adquieren for-mas y proporciones gigantescas. Una nivelación que es un delirio, un superávit que es una quimera. Y para poner de concierto los sueños con los hechos, los gas-tos extraordinarios, los créditos supletorios, la deuda flotante y el déficit. El escepticismo del contribuyente ha encontrado ya su fórmula: cuando, á cambio de sus sacrificios se le ofrezca una administración celosa y proba, un ejército poderoso, un clero ilustrado y tole-rante, un profesorado sapientísimo, una magistratura integérrima é incorruptible, responderá seguramente: —¡Bah! Todo eso será caballería de marina.

Y no sé por qué, pensando en estas cosas, vinome á las mientes un viejo cuento de Rabelais. Refiere el ma-learte cura de Mendon, que cierto pobrete tenía por costumbre situarse á la puerta de una conocida hoste-ria para aspirar los aromas que se exhalaban de la co-cina. El hostelero, avaro, pretendió cobrarle este placer aéreo y platónico. Alegaba el aspirante que los olores son cosa *nullius*, y que su aprovechamiento no perjudi-ca á tercero. Sometióse el asunto á la decisión de un varón prudente, celebrado en todo el vecindario por la equidad y acierto de sus fallos. Ordenó éste al pobrete que sacara una moneda y la sonase varias veces sobre el mostrador del establecimiento, hecho lo cual exclamó volviéndose hacia el hostelero: —Ya estás pagado. —¿Yo? —Sin duda, porque si este pobre hombre ha oído tus guisados, tú has oído el sonido de su moneda.

Es claro que Rabelais se refiere en el tal cuentecillo á una transacción entre particulares. Tratárase de un impuesto, y otra habría sido la solución del humorista francés. No habría él querido correr el riesgo de ser de-nunciado por Viada, andando los siglos, su *Pantagruel* y *Gargantua*. Los olores no se pegan de individuo á individuo; pero el impuesto se debe por imperativo cate-górico, cualquiera que sea el empleo que dé á su pro-ducto el poder; tal es, hoy por hoy, la doctrina legal. Los contribuyentes pagarán los tributos, no lo dude el

señor fiscal. ¡Pero con cuán mayor gusto los pagarían si, bajo el imperio de una encantadora ilusión, pudie-sen imaginarse que ese fruto de sus sudores y desvelos había de servir para procurar á España lo que na-ción alguna tuvo, tiene ni tendrá jamás, es á saber: un fuerte cuerpo de caballería de marina!

ALFREDO CALDERÓN.

VILLANCICOS

En España, por desgracia,
tenemos muchos políticos
que si á un partido se afilian
es para sacar partido.
Carrascás, pero á esos que quieren,
carrascás, partido sacar,
carrascás, yo les partaría...
carrascás, carrascás, carrascás.

En estos días de Pascuas
se despluman muchos pavos;
pero, en cambio, al pobre pueblo
le despluman todo el año.
Carrascás, así ha sido siempre,
carrascás, y siémpre será,
carrascás, y es porque en España...
carrascás, carrascás, carrascás.

Hasta los niños de teta
ya van pretendiendo empleos,
porque saben que es sabroso
el turrón del presupuesto.
Carrascás, y por eso España,
carrascás, no progresará,
carrascás, porque todos quieren...
carrascás, carrascás, carrascás.

Más de cuatro diputados,
cuando están en el Congreso,
solamente abren la boca
para chupar caramelos.
Carrascás, es cierto que á muchos,
carrascás, les gusta chupar,
carrascás, porque si no chupan...
carrascás, carrascás, carrascás.

VICENTE RUBIO.

LOS PRESUPUESTOS

En el año actual no podía dejarse de presentar y dis-cutir ampliamente los presupuestos, por lo mucho que exigían que se los reformase los efectos de las pasadas guerras y las ansias de regeneración. Desgraciadamente, en los que presentó el ministro de Hacienda, si bien que mal regularizaron la Deuda pública, nada trajeron que pudiera ni siquiera hacer conoebir la esperanza de pron-tos remedios para nuestras desventuras. Se dió tres me-ses para que se los corrigiera, reorganizando los servi-cios, y ni se ha reorganizado los servicios ni se ha hecho más que reducir partidas á tontas y á locas.

En vano las minorías han combatido con tenacidad tan extemporáneos presupuestos: no han conseguido ninguna innovación de importancia; mucho menos transformarlos como la pedía. Saldrán de las Cortes los presupuestos como en Octubre entraron, como si nada hubiese ocurrido que exigiese mudanza.

Si estuviere ya normalizada nuestra situación econó-mica, nosotros nos atreveríamos á aconsejar un nota-ble cambio, así en la presentación como en el examen de los presupuestos. No estamos nosotros por que se los

DON QUIJOTE



Escenas de la regeneración:
Silvela —¿Qué hace usted, don Marcelo?
D. Marcelo. —Descansando.
Silvela —¿Y usted, Lucas Gómez?
Lucas Gómez —Yo, ayudando a mi compañero.



El único inocente que nos ha quedado



¡Vaya usted a la!



—Sabrán ustedes que durante el año próximo continúa haciéndoles la regeneración.

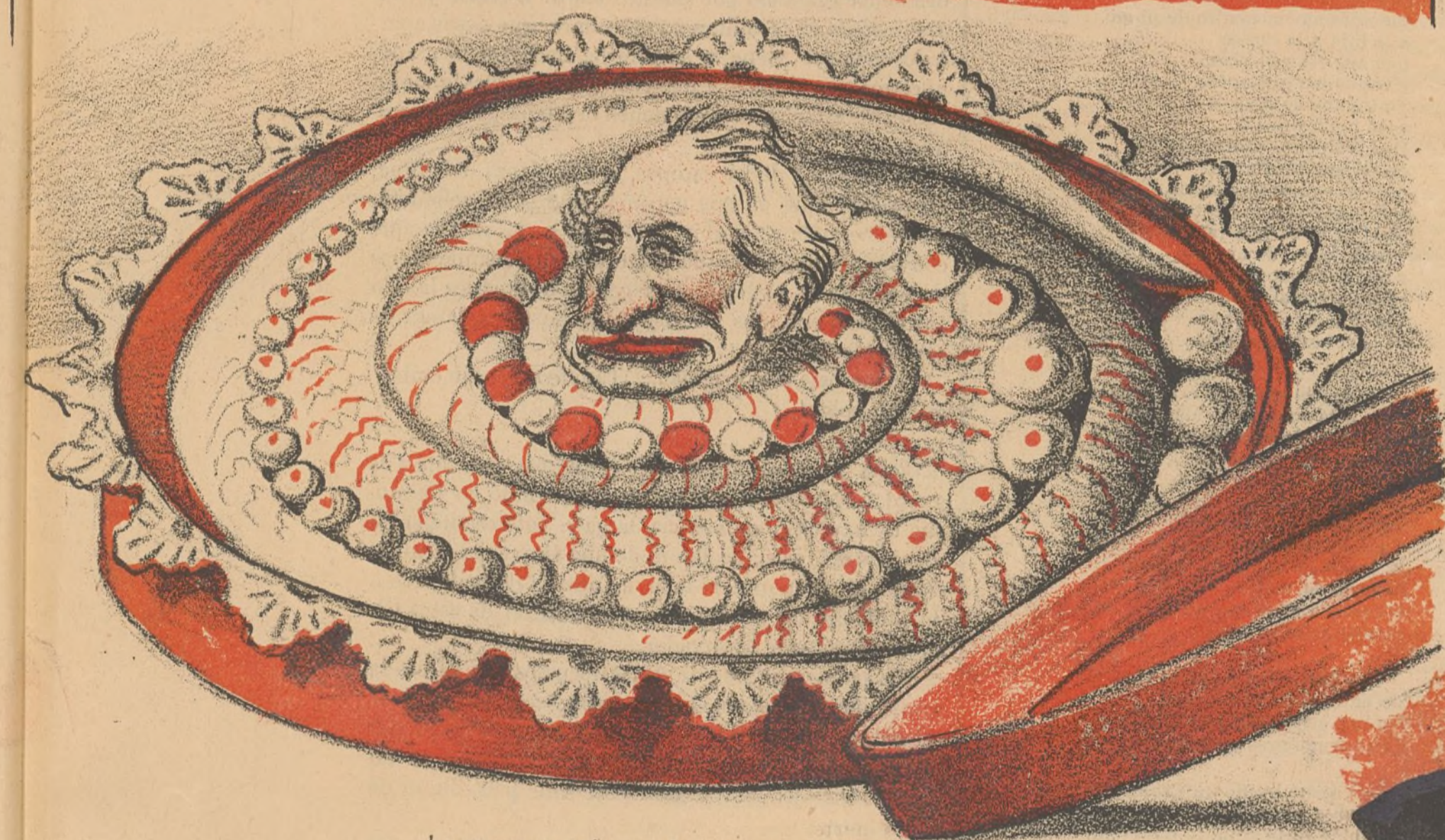


(TÁPESE ESTA CARA POR LA MITAD)

ANTES DE LA GUERRA
CON EL TRANSVAAL

DURANTE LA
GUERRA

Vean antes y después
de la guerra a esta señora
tápenla de un lado, ríe,
tápenla del otro, llora.



¡La gran serpiente de... mazapán!

Lit. de la Viuda de M. Bonifacio, Jesús del Valle, 22



De vacaciones



¡En Valladolid os espero!

discuta todos los años, ni en conjunto ni en detalle, puesto que en discutirlos se gasta el tiempo y las fuerzas que otros proyectos de ley imperiosamente demandan. Pronunciarse casi todos los años los mismos discursos y se aducen los mismos argumentos.

Regularizada la situación económica, entendemos nosotros que el Gobierno debería cada año limitarse á presentar á las Cortes los aumentos y las reducciones que en el anterior presupuesto hiciese; y los diputados tener amplia libertad, no sólo para discutirlos, sino también para proponer lo que considerasen más conveniente: ya nuevos gastos ó nuevas reducciones, ya la supresión de antiguos tributos ó la imposición de otros para atender á nuevas necesidades.

Serian así más concretas y cortas las discusiones, y quedaría en cada legislatura tiempo para abordar cuestiones, ya de Administración, ya de política, que fueran mejorando la suerte de España.

En nada padecerían con esto los fueros de las Cortes, ya que las Cortes á lo que vienen principalmente llamadas desde sus primitivos tiempos es á impedir que se hagan excesivos gastos y se agrave la situación de los pueblos con innecesarios tributos.

Es hoy casi ilusoria la iniciativa de los diputados y los senadores. Con el sistema que proponemos se la avivaría.

F. P. Y MARGALL.

UN AUTOR AL USO

Aún me parece estarlo viendo cuando se presentó en mi casa con el manuscrito entre los dedos de la mano izquierda y el sombrero entre las uñas de la mano derecha.

—Caballero, me dijo aquel joven, delgado, muy mal vestido, lo cual no es un crimen, y con el traje lleno de grasa y de otras materias alimenticias, prueba insigne de suciedad que no admite disculpa—; caballero, yo soy hijo de familia, como usted puede ver. Mi mamá es lavandera.

—¿Pues nadie le diría pensé yo, mirando la camisa del joven, que parecía por lo negra y por lo reluciente, una muestra de carbón de cok.

—Bueno; ¿y qué desea usted?, le pregunté luego de ofrecerle una silla.

—Pues quiero leer á usted una pieza que he escrito; porque desde que me quitaron la plaza de escribiente que tenía en el ministerio de Fomento, me he metido á escritor.

—Eso es muy natural, repuse yo; habiendo sido escribiente de Fomento, nada más lógico que dedicarse á escritor público, en épocas de cesantía.

—¿Y en qué sección del ramo ha servido usted?, añadió. ¿En Instrucción pública?

—No, señor; en Caminos. He ocupado allí un puesto durante cuatro años y tres meses.

—¿Y ahora?, le interrumpí.

—Ahora, viendo que el oficio de autor es muy socorrido, y después de enterarme de cómo se hacen estas cosas, he cogido una obra francesa que se dejó olvidada en su mesa de noche un señor, cuando mamá tenía casa de huéspedes, y la he traducido al castellano.

—¿A su mamá de usted?

—No, señor; á la obra. Sólo que, siguiendo la costumbre establecida, en vez de poner traducción, he puesto original. ¿Qué opina usted de eso?

—Que ha hecho usted perfectamente. Además, su conducta es lógica: un hombre que ha andado cuatro años en Caminos, no puede proceder de otro modo.

—Me alegro de que esté usted conforme conmigo. Y tengo que advertirle una cosa. La obra, según me ha dicho un amigo—porque yo no estoy al tanto de eso que llaman movimiento literario los pedantes—, se representó primero en castellano con mal éxito, y fué traducida al francés, de donde yo la devuelvo al idioma nativo.

—¿Para ver si le han probado los aires extranjeros y la aplauden ahora?... No hay que preguntarlo: usted sabrá el francés á maravilla.

—He estudiado seis meses en casa por el método Ollendorff, y tengo traducidos todos los temas.

—Perfectamente, joven, perfectamente. ¿Y la obra está en verso?

—Sí, señor. Porque, lo que yo digo, eso de hacer versos es cuestión de empezar.

—Como el rascarse, ¿eh?

—Justamente.

—¿Y por qué metro se ha rascado usted?

—Por redondillas.

—Muy bien. ¿Y el asunto?

—El de siempre: un caballero vestido de frac, peluca blanca y pantalón corto, que le enseña á otro todo lo que pasa en España; un coro de peces, otro de chulos y otro de plantas tropicales, todos ellos con traje de mallas; dos ó tres parlamentos (los parlamentos corti-

tos) y treinta y seis decoraciones representando varios planetas, las cinco partes del mundo y las Vistillas.

Con esto, con una música alegre y unas coristas bien formadas, me parece que el éxito es seguro.

—¿Ya lo creo, joven; ya lo creo! Por supuesto, que habrá usted cuidado de que las canciones sean picantes y los chistes, subidos de color.

—¿Y tan subidos! Me he dejado atrás todos los usados hasta ahora.

—Pues dígame á usted que la obrita es de perlas. Usted empieza por donde otros acaban. ¡Ahí que no es nada! Treinta y seis decoraciones, el sistema planetario, las cinco partes del mundo, las Vistillas, la mar en peces y hortalizas y versos como los que usted hará... porque no necesito oírlos para comprender que estarán á la altura del ingenio dramático, de la instrucción y de los extraordinarios alientos de usted.

—¿Ah, joven!, seguí diciéndole, mientras le impedía abrir el manuscrito: no me lea usted nada; no quiero oírlo. Déjeme usted saborear íntegra la emoción que ha de producirme esta obra excepcional.

Usted ha entendido el teatro; usted conoce al público; usted sabe de arte; usted hará carrera y cobrará trimeses tres escandalosos; y será autor, y la obra se representará seis meses seguidos.

Cultive usted el género, y en cuanto reciba los primeros ingresos de su nueva y originalísima producción, cómprese un gabán fuerte, porque el invierno está muy frío y sería lástima que se malograra un genio así, llamado á ocupar puesto distinguidísimo en la literatura que cultivan sus contemporáneos.

Y cerré la puerta, admirando el poder de Dios, que con tanta bondad y tan desusada frecuencia envía autores de esos á esta venturosa tierra de España.

JOAQUÍN DICENTA.

COSAS

El señor don Juan Lanillas, harto de ser mercader, se metió á caciquear, y por no me acuerdo qué le sacaron un destino con mil pesetas al mes. Siempre me encuentro de pingo. á la hija y la mujer que aporrean el piano y degüellan el francés, y ninguna de las dos sabe bordar una e. De los chicos, uno es médico en espera de ejercer; otro, abogado sin pleitos, y el más chico de los tres cogió ya el bachillerato y está pensando qué ser, y con el sueldo del padre se las arragan los seis. ¡Familia española neta de la cabeza á los pies.

Un inglés que vino á España puso este anuncio en Madrid: «Se desea un caballero que no sea en el país ni ex ministro, ni torero, ni autor dramático, ni periodista, diputado ó gobernador civil.» El inglés se volvió á Londres atacado del espin, porque no pudo encontrar ningún caballero así.

Una mujer fué la causa de su credencial primera. No hay credencial hoy en día que por mujeres no venga.

—Ya está hecho un Creso Orisanto.
—Usurea con talento.
—¡Ah! ¿Presta al tanto por ciento?
—¡Jamás! Al ciento por tanto.

JOSÉ DE LASERNA.

CONTRASTES

¿Conocen ustedes al doctor Moliner? ¿No? Pues yo tampoco.

Es decir, que no tengo el honor de conocerlo personalmente; pero, por vía de la prensa de todos matices, conozco los inauditos esfuerzos que lleva á cabo diariamente para arrancar á la muerte los pobres tuberculosos de todos los países, sin distinción de nacionalidad, de ideas políticas ni de religiones. Su establecimiento ó Sanatorio de Porta Coeli es un rasgo filantrópico que basta por sí solo para hacer que su memoria sea imprecadera. Nada pudo refrenar el ansia de caridad de ese hombre ilustre; después de haber puesto su talento á contribución para llevar á cabo su salvadora obra, sacrificó su fortuna personal, que, según decía él, era muy poca en comparación con sus miras. Ya en el camino emprendido, no quiso retroceder; cuando no tuvo dinero para seguir adelante, se dirigió á todo aquel que lo tenía; se dirigió al judío, al protestante, al católico, al mulsumán, al budhista, al librepensador, al ateo, al

inglés, al alemán, al francés, al ruso. En fin, nadie pudo pasar á su alcance sin costear un pino balsámico de los que devuelven la salud perdida á los seres que de todos los puntos del mundo acuden á su Sanatorio, en el que no se les pregunta quiénes son, de dónde vienen ni qué religión profesan. Sólo se reconoce que es un tuberculoso; su triste enfermedad le sirve de santo y seña para ocupar una cama en el Sanatorio, y desde aquel día dice el buen doctor: —Tengo un hijo más— así sea sueco ó tibetano.

La reina regente recibió la visita del doctor Moliner y contribuyó á su obra. El barón de Rostchild (judío) dió su óbolo; el ateo Benán, á raíz de la idea del Sanatorio, participó con un don respetable; los turistas ingleses no escaparon á las santas acechanzas del buen señor Moliner; los príncipes alemanes, que poco ha vinieron á la corte, fueron peticionados. Menos los jesuitas, todas las clases sociales se han rendido á las súplicas del doctor Moliner. ¡Ese es el hombre! Y mientras ese hombre sacrifica su vida al bien de todos, otros se dedican á hacer lo contrario. La lista de los malhechores que pasan su vida en el bandidaje, bajo todas las formas del progreso moderno, sería interminable, y como quiera que los conocemos á todos, por lo menos á los principales, no precisa nombrarlos. Cada nación es productora de unos cuantos de ellos. Mientras Alemania produce un Koch, España un Moliner, Rusia un Tolstoi, Francia un Pasteur, crecen, como setas venenosas, los Chamberlain, los Cecil Rhodes, los Jameson, etc., etc.

¡Contrastes!

ADOLFO VASSEUR CARRIER.

TAN RICO Y... TAN POBRE

Un sentimiento de profunda tristeza envuelve nuestro espíritu oyendo las dulces frases de sincero encomio que arranca al extranjero la contemplación de nuestra tierra, ornada con las esplendideces inenarrables que han generalizado, con singular acierto, literatos, artistas y poetas.

Sin duda alguna, ganamos el corazón y las voluntades de los extraños por nuestro suelo. Devotos y enamorados de él, la innumerable cohorte que desde apartados pueblos viene á admirarle, hace resaltar ante nuestros ojos bellezas y maravillas que nuestra ignorancia ó proverbial abandono tienen olvidadas, y aún proscriprias.

La fertilidad de los campos, la templanza del clima, los tesoros que en sus entrañas guarda el suelo, todo impregnado de un ambiente de luz y de alegría que convida á vivir, cantando con místico aprobamiento las excelencias de la Naturaleza generosa, produce hondo entusiasmo en todos los visitantes, hasta exclamar de este modo:

—¿Qué país más original!... ¡Tan rico... y, sin embargo, tan pobre!...

Cierta persona, un tantico indiscreta é incapaz de guardar secretillos inofensivos, sorprendió no ha mucho tiempo una conferencia larga é interesante entre una ilustrada *miss*, profesora de una Universidad americana, muy amante de todo lo que es llamado, fuera de aquí, *gracioso españolismo*, y un natural de estas tierras, entusiasta y observador.

Ella ponderaba los múltiples recursos que ofrece la patria del fantástico Quijote para ser grande por sí misma, doliéndose á la vez de que no parecieran por parte alguna geniales actividades concertadas en un plan de trabajo para engrandecer este país, digno de mejor suerte.

—¿Será tal vez—preguntaba—que la política y las tradiciones religiosas embargan á ustedes de tal manera, que constituyen una difícil carga para lograr la realización de redentoras empresas?

No sabemos ciertamente la respuesta de nuestro paisano; pero no debió ser muy consoladora, porque la *miss* terminó su parla con la conocida frase, que sabe á amargor de hieles:

—¡Lástima de país! ¡Tan rico... y tan pobre!

J. MARCIAL DORADO

Biblioteca de "DON QUIJOTE."

WEYLER

FOR

PEDRO BARRANTES

ILUSTRACIONES DE ROJAS

Precio: 20 céntimos.

Para nuestros suscriptores y corresponsales, 15 céntimos.

Imprenta de A. Marzo, Pozas, 12.